

## **ELLA NO LO SABE**

-1-

Ella todavía no lo sabe. Es muy niña. Juega a la goma o a pillar entre los coches de los maestros con sus amigas en el patio del colegio. Apura el recreo antes de que toque la sirena y tenga que entrar en clase. El aula está poco ventilada y huele a tiza. Cerca de su pupitre hay una ventana desde donde observa como el viento mece las hojas de las palmeras.

Desde el balcón de su casa se ve el colegio. Esta mañana, su abuela se ha asomado y ha visto al señor Eduardo, el conserje que vive allí, encerrar a los perros (dos pastores alemanes enormes, que aterran) y abrir las puertas para que los niños subiesen la rampa. Es cuando, ha avisado a su nieta para que se levantara, porque iba a hacer tarde. Su madre la ha vestido con un suéter azul marino de cuello alto y la falda escocesa que tanto odia la niña, con un imperdible para que no se abriese y enseñase las piernas. Después, la ha peinado con una coleta de lado (su madre copia los peinados de una presentadora que toca el piano en televisión). Eso sí, le ha apretado la coleta bien fuerte, una cosa que no soporta la pequeña. Antes de que se fuese, María, que así se llama la chiquilla, ha cogido unos tambores de Colón vacíos para hacer la falla de la escuela. Su grupo va a hacer unos ninots con pantalones de color azul.

La niña ha cogido unas tijeras nuevas y se ha cortado el pelo, no es la primera vez que lo hace. Su madre ha cogido un disgusto, de

nuevo. Es mediodía y no puede llevarla a la peluquería, entonces la acerca al colegio toda llena de trasquilones. La niña se muere de vergüenza. Muchos años después, ojeando un álbum familiar verá aquella foto en la que posa con el pelo a lo garçon, entre sus dos hermanos y, claro, con la falda escocesa y el imperdible, que sirve para esconder sus piernas.

Por las tardes, a María le gusta hacer los deberes con su hermano mayor, mientras meriendan. Se tumban en el suelo de la salita, al lado de la puerta del balcón y una ringlera de hormiguitas viene a robar las migas de pan que caen de sus bocadillos. Hormigas parecidas a las que deambulan por los túneles del hormiguero que han hecho en clase, y que hipnotizan y dejan boquiabierta a la niña. Porque a ella le encantan los experimentos. Es curiosa. El otro día en el patio con una lupa y los rayos del sol encendieron una cerilla, y ayer plantaron lentejas en un algodón.

Hoy María ha visto a Don Eduardo, el conserje, por la calle. Y se ha llevado una sorpresa. Es la primera vez que lo ve fuera del cole. Ella pensaba que él tenía prohibido salir de allí, que era una especie de prisionero. Su hermano pequeño la ha acompañado a comprar material escolar. Está contenta porque estrena una goma Milan con olor a nata y una caja de lápices de colores "El Castillo", que son sus favoritos. Falta mucho tiempo aún para que, ya adulta, vea por casualidad esta marca de pinturas en una papelería de barrio de Barcelona y rememore la EGB.

María es buena y estudiosa. A los que se portan mal en clase, los ponen cara a la pared, de rodillas, con una silla en la cabeza. Por fin le han castigado, y parece aliviada. No quiere ser menos que los demás.

Un día lejano, cuando María esté sentada en un banco del parque recibiendo los tibios rayos de un sol de invierno, recordará el olor a tiza del aula, el belén gigante, el deportivo azul de Doña Pilar, el sonido de la campana que la maestra tenía sobre su mesa, y que según la leyenda una vez algún profesor lanzó sobre un alumno abriéndole la cabeza, o los bocadillos que su madre le pasaba alguna vez a través de la verja del patio. Y sabrá que los recuerdos no solo se forjan de imágenes, sino que también se construyen de olores, de sonidos, de sabores.

(Ella no lo sabe, pero ya han empezado las obras. Tienen el terreno, los planos y la licencia municipal. Ya trabaja la retroexcavadora moviendo la tierra para la cimentación. Han buscado capas de suelo firme. Han terminado de excavar, han puesto hormigón de unos diez centímetros de grosor para que la superficie quede limpia, para poner el forjado de hierro. Ahora toca las varillas y los estribos. El camión hormigonera descarga a través de la canaleta...)

María está ya en el instituto. Ella vive en un barrio obrero de la periferia de la ciudad, habitado en su mayoría por inmigrantes venidos de provincias limítrofes, que abandonaron la tierra en busca de fortuna. Los hombres trabajan en las fábricas a turnos, algunos se pluriemplean para poder pagar las letras de los pisos. Las mujeres cogen el autobús y se van a limpiar los pisos de la gente de la capital. Todo el dinero es poco para llegar a fin de mes. Si en las casas hay abuelos, se ocupan de los nietos, si no los hay, mala cosa. Los chavales campan por la calle. Y son dos sus ocupaciones favoritas: jugar a fútbol y robar. María tiene otros pensamientos. Necesita aprobar y sacar buenas notas, pues depende de las becas para seguir estudiando. Y, si bien es cierto que le gusta juntarse con la peña más inquieta a fumar canutos en el pub "El huevo", como así han bautizado al lavabo más próximo al patio del instituto, no es menos cierto, que María no descuida sus estudios y sigue siendo la alumna más brillante de la clase, y lo que es más importante, tiene gran predicamento entre el alumnado. De hecho la han elegido delegada de clase. Confían en ella para que los represente, porque sabe hablar bien en público y no se achanta a la hora de defender sus derechos frente al profesorado. Ella tiene inquietudes políticas, simpatiza con el PCE. Y le rechinarán las palabras de Felipe González, aquello de "Hay que ser socialistas antes que marxistas" que dirá en el XXVIII Congreso del PSOE. Afirmación que ella juzgará como paradójica.

María forma parte activa del movimiento estudiantil. Ahora toca luchar por la retirada de la LAU, que quiere aprobar el gobierno de la UCD. Coordina la huelga en el instituto y prepara las movilizaciones. Acude a la manifestación como muchos otros. En las pancartas se pueden leer lemas que expresan el rechazo al conjunto de la política educativa del Gobierno, a la exigencia de la retirada del proyecto de Ley Orgánica de Autonomía Universitaria. Pero la cosa se ha puesto fea, los antidisturbios han hecho piña, se han ceñido los cascos, han desenfundado las porras, y a la orden de un toque de silbato han salido disparados. María corre como el que más. Trata de escapar cuando desde los Viveros tuerce por Blasco Ibañez y trata de refugiarse en alguno de los locales de la avenida. Pero los comerciantes no quieren líos y cierran sus puertas y bajan las persianas, y ponen en bandeja la represión policial. Y en ese escenario la policía golpea con saña a los estudiantes. María no va a ser menos y recibe lo suyo. Nunca quiso ser menos que los demás.

(Ella sigue sin saberlo, pero la obra sigue. Acabados los cimientos, con el forjado de la planta baja hormigonado, se puede empezar a levantar el muro, las paredes de la planta. Una vez puestas las varillas de los pilares, colocan las vigas. Entre las vigas se colocan las bovedillas. La estructura del edificio se compone de pilares, vigas, paredes y techos. Mientras almuerzan los obreros, en la radio suena una canción de Pink Floyd: *"Another brick in the Wall"*. A fin de cuentas, es sólo otro ladrillo en la pared.)

En la Facultad ha conocido a Pedro. Es uno más del grupo con el que se mueve María los jueves por Xúquer, compartiendo infames cubalitos de limón malo y ginebra de garrafón. El mismo tipo de bebida que se sirve en las fiestas universitarias de Económicas o Agrónomos. Esta noche han quedado los dos solos y al calor de las velas de un pub de la plaza Honduras han empezado a hablar de amor y han acabado follando en su piso de estudiantes, es lo que tiene el agua de Valencia.

María ha acabado la carrera. Es la mejor de su promoción. Ha ganado una plaza de Ayudante en la Facultad. El Departamento tenía otro candidato y han tratado durante dos horas de persuadirla para que renuncie a la plaza. Ella no ha cedido, tiene otra oferta de profesora asociada pero el sueldo es bastante peor. Acaba de casarse con lo puesto: apenas una cama de matrimonio, dos sillas, una mesa y una caja de cartón sobre la que reposa una tele pequeña. Sabe que no le van a poner las cosas fáciles. Sabe que tiene que cumplir más que nadie. Hace cursos para seguir formándose, publica en revistas de impacto, hace estancias en otras universidades (Stanford, Madrid...), sufre aprendiendo inglés. (Lejos quedan sus libros de francés de Sonimage: *Je suis Jacques, je suis Français*).

María ha opositado y ha sacado la plaza de Titular de Universidad, nadie le ha regalado nada. Sigue investigando y

publicando, echándole muchas horas, sacrificando los fines de semana. Trabaja mucho y sin descanso.

María ha tenido que esperar a que otros compañeros accediesen al puesto antes de poder optar a la cátedra. Aunque ella tenía el mejor currículum.

En el Campus de Deportes cuatro profesores de la Facultad juegan al pádel con más empeño que acierto, todo sea dicho. Conversan entre punto y punto. Las elecciones a Rector están al caer. Se rumorea que hay un grupo que quiere convencer a María para que sea candidata. Hablan maravillas de su compañera: de su inteligencia, de su capacidad, de su labor investigadora, de su calidad como docente. Ya en el vestuario, mientras se duchan y se miran de reojo a ver quién la tiene más grande, como si no lo supiesen de otras veces, llegan a la conclusión de que sería una gran Rectora, sin duda. Pero, claro, el único problema es que es una mujer, con lo que todo eso conlleva. Para ser Magnífico hace falta autoridad y mando.

Y, ciertamente, un día después, un compañero que representa a un grupo pasa por la Secretaría del Departamento a preguntar por el despacho de María. Un PAS le dice que fuera, en la cristalera de la ventanilla, hay una relación con todos los despachos de los profesores. Lee el D07. A María le cuesta asumir el ofrecimiento. Le agradece que hayan pensado en ella, pero les pide un tiempo para tomar una decisión.

Ella habla con su marido, éste le dice que si se presenta y sale elegida no va a poder conciliar su cargo con la vida familiar. Ella también ha pensado en ello, pesa su condición de madre, no querría renunciar a esa relación tan intensa que tiene con sus hijos.

A María esta noche le cuesta dormir, y no solo por los sempiternos ronquidos de Pedro. Cavila tantas cosas. Piensa en qué momento de su vida perdió su ambición para llegar a lo más alto, ella que por ser mujer tuvo que trabajar el doble para demostrar la mitad. Quizá fue cuando tuvo a los pequeños, quizá fue cuando su marido le convenció de que debía estar por sus hijos. Igual fue en aquella época que Pedro se presentó y fue elegido Director de Departamento. Igual, su tren pasó, igual este puesto no es para ella.

(Y llega el momento final, el remate de la obra. Ha hecho falta alquilar una grúa para mover y elevar el techo de cristal. Y seis obreros para colocarlo. El vidrio pesa un poco más de doscientos kilos y es de gran grosor, va a ser difícil atravesarlo. María ya tiene su techo, su barrera invisible, que le va a impedir seguir avanzando.)

## **-EPÍLOGO-**

La Junta Electoral ha proclamado definitivamente las candidaturas a Rector y a Rectora. María ya es candidata. Ya tiene su programa y el nombre de los miembros de su equipo de gobierno. Cabe la posibilidad de que salga elegida, puede convertirse en la primera Rectora de su Universidad. Ya toca cambiar la historia después de cinco siglos.

(Parece que el techo de cristal de ese edificio, que empezó a construirse cuando María era niña, comienza a agrietarse, quizá muy poco a poco, o a lo mejor no queda tanto para que caiga al suelo y se haga añicos, para que entre el sol y el aire renueve todo. Ella no lo sabe, pero quizá sea el principio para que otros techos también se desplomen. Y de paso entierren tantos prejuicios, estereotipos y desigualdades.)